



XLIX

YO declaro que no sentiré arrebatos de odio contra ninguno de los partidos españoles ni corresponderé con injusticias á su justicia.

Por lo que siento y he sentido siempre amor profundísimo es por la patria. Si al venir al mundo me consultan sobre la patria preferible á mi corazón, elijo á España. Todas las naciones tienen derecho al amor de sus hijos; pero sobre todas, las naciones desgraciadas. Hoy ha pasado á ser corriente, por virtud de una filosofía de la historia muy impregnada del espíritu de secta, denigrar á España y el espíritu español en la historia. Pero este pueblo, cuya antiquísima civilización alabaron los primeros historiadores y en cuya tierra pusieron el soñado Eliseo los pri-

meros poetas; este pueblo que dió al imperio romano sus genios más claros y á las irrupciones bárbaras los rudimentos de la moderna cultura; este pueblo que mantuvo la ciencia de la naturaleza cuando todas las naciones se entregaban al escolasticismo y á la magia; este pueblo que salvó á Europa con su esfuerzo indomable de la conquista africana y dió al planeta el desconocido Nuevo Mundo; este pueblo que en las aguas de Lepanto hundió la media luna de los tristes osmanlís y en las humeantes ruínas de Zaragoza y de Gerona la conquista napoleónica, que pugnaba por suprimir todas las nacionalidades europeas; este pueblo ha llevado al contingente de la cultura general tantos tributos de ideas luminosísimas y de hechos heroicos, que bien puede competir en grandeza con los primeros pueblos de la tierra y aspirar á una de las más gloriosas menciones en los anales de la historia.

(De su obra titulada *Un viaje á París*, cap. XVIII, página 209.)



L

JAMÁS se cansa el ánimo de admirar vuestra gloriosa historia. Verdaderamente, cuando se atraviesan las aguas del majestuoso río que ha dado su nombre antiguo y dará su futuro nombre á todo el pueblo ibero; y á través de las enramadas se ven á lo lejos los monumentos que ilustran y embellecen á la mayor moralmente de las ciudades modernas, á la inmortal Zaragoza; y se entra en estas montañas, de cuyos riscos fluye el río Aragón, donde templaban su sed nuestros padres, los primeros cruzados de la libertad y de la patria, reclusos en veinte leguas hace mil años para extenderse al poco tiempo en una carrera de victorias inmarcesibles desde Barcelona á Valencia,